

EL PENSAMIENTO MILITAR EN LA LITERATURA MEDIEVAL

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA
Teniente Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar

IV

LOS TEÓLOGOS ARMADOS EN EL POEMA DE ALMERÍA

Una epopeya castellana en latín clásico.

Habría dos razones de peso para no incluir el *Poema de Almería* en nuestro análisis militar de epopeyas castellanas. La una, que está escrito en latín de corte clásico; la otra, que la epopeya queda cortada antes de darse la batalla central. Pese a todo ello, atrae su tema, tan centrado en el tono de *guerra divinal* que venimos encontrando en las gestas, desde la de Fernán González hasta la de Mío Cid. Presenta tal culminación y apoteosis de ese tono sagrado de la guerra allí sólo iniciado, y hay tal triunfalismo religioso, tal participación de obispos, tanta liturgia y teología en torno a los signos imperiales del ejército cristiano, que los anteriores estudios quedarían a media ladera de su desarrollo. Por eso he creído conveniente destacar algunas características del *Poema de Almería*, pese a todas las objeciones apuntadas, y a que no es sino tercera parte de un texto en prosa, el conocido como *Crónica Adefonsi Imperatoris*. Aún abona el empeño una razón de proximidad, ya que su fecha probable de 1150 la mantiene enlazada con el cantar de *Mío Cid*, a muy pocos años de distancia, tanto que en el *Poema de Almería* se alude al del Campeador, como dando noticia de una novedad editorial, o de una especie de teatro popular, para ser más exactos en la actualización de la referencia (1).

(1) Del presente estudio se anticipa una parte en la obra del autor: *Espíritu y Milicia en la España medieval*. Publicaciones Españolas (Editora Nacional), Madrid, 1967, 357 págs., de inmediata publicación.

El autor de la *Crónica Adefonsi* siempre es grandilocuente en sus frases, y cuando llega a plantear el nudo de la campaña —la marcha contra la plaza de Almería—, la prosa le resulta pobre y decide recurrir a la magnificencia del verso latino al modo clásico, vistiendo así su relato con una de las muestras más características de la poesía erudita del siglo XII.

El nombre de *Poema de Almería* es moderno y tuvo desde el principio general aceptación. Pero el autor sólo interrumpió la prosa de su crónica iniciando sus versos bajo el título de *Prefatio*, y así algún comentarista lo llama *Prefacio de Almería*, y no había que esperar que al prefacio siguiera un desarrollo, ya que todo lo que le puede faltar para estar completo son las ocho hojas finales al decir del copista A en una nota de su manuscrito, que tiene 26, aunque otros opinan que la obra quedó inacabada como hoy se encuentra, acaso por la muerte de su autor.

A su mérito histórico une el de señalar una transición en la técnica poética. Está escrito en hexámetros, divididos en dos hemistiquios, y la última palabra de cada verso rima con la final del arsis del tercer pie, pero la composición es ante todo rítmica, único modo de explicar las frecuentes irregularidades que se encuentran y la abundancia de esdrújulos, porque el autor pensaba más en el ritmo de los acentos que en la medida de las sílabas. El Poema representa, pues, el momento en que el concepto clásico de la cantidad silábica cede ante la idea moderna de la rima, si bien, por ser de transición, el autor une aún ambos elementos, y obligado por el metro y la rima emplea una sintaxis violenta y un léxico rebuscado. Tal es el motivo de que el Poema resulte monótono.

Apoyados en el docto estudio de Sánchez Belda (2), reconocemos también con él que hay pasajes felices en ciertas metáforas (vv. 36-39), en hipérboles exultantes (vv. 153-155) y en algunos retratos personales (vv. 246-248). Se manifiesta fina observación al describir las huestes y al expresar ideas y sentimientos característicos del espíritu de la época. El Poema presenta ampliamente las huestes y caudillos que concurrieron al asedio de Almería, la amplia nómina de personajes que desfilan en las estrofas es de gran realismo, y se sabe históricamente que todos ellos asistieron a la campaña. Hay tanto detenimiento en la pintura y alabanza de calidades bélicas de los combatientes

(2) SÁNCHEZ BELDA, Luis: Edición y estudio de la *Crónica Adefonsi Imperatoris*. Edit. Escuela de Estudios Medievales del C. S. I. C. Madrid, 1950.

reunidos, que el Padre Flórez pensó que el describirlos constituía el único objetivo del autor. Pero es indudable que se trataba de historiar la campaña completa, como lo demuestra el referir las conquistas de Baeza y el castillo de Baños, cerca ya del objetivo final, a la que se antepone la de Andújar, lograda sólo por San Fernando un siglo después.

Sánchez Belda nos dice cómo todo el Poema respira un hondo sentido español, de tal modo que el autor considera la conquista de Almería una empresa nacional suficiente para comparar la campaña de Alfonso VII con las de Carlomagno, y las hazañas de Alvar Fáñez con las fantásticas de Roldán y Oliveros.

El *Poema de Almería* tiene indudable valor de fuente histórica; su narración revela un testigo presencial que ofrece datos importantes para el conocimiento de la campaña. Lástima que al estar inacabado nos privase de conocer el desarrollo de las operaciones finales que culminaron en la destrucción de Almería.

Una crónica que termina en verso.

Seis manuscritos de la Biblioteca Nacional y uno de la catedral de Toledo, nos ofrecen copias de un original de la *Crónica Adefonsi Imperatoris*, hoy perdida, que debió componerse hacia 1150 con bastante seguridad (3).

La obra constituye un canto a Alfonso VII, escrito indudablemente durante su reinado, manifestándose uno y otro extremo en la frase «si complacet imperatori». Resalta las virtudes del Emperador, disculpa sus errores, engloba en su laude a todos los personajes de la familia real y da la sensación de estar escrito de encargo, con la preocupación constante de agradar a quien habiéndolo mandado escribir, ha de juzgar la obra. En la crónica está claro también ese «sentimiento de jactancia y vanagloria» que según Menéndez Pidal, fue característico de aquel período victorioso de la Reconquista.

El cronista escribe de memoria, según anota en el prólogo, pese a haberse podido documentar en la Secretaría real. Se basó principalmente en relatos de los testigos presenciales, «Ab illis qui viderunt didici et audivi», por lo cual sus fuentes son menos exactas cuanto más se remontan hacia el pasado. Sin embargo, en varios episodios

(3) Su traducción puede verse en HUICI MIRANDA, Ambrosio: *Crónicas cristianas de la Reconquista*. Madrid, 1958.

muestra ser testigo él mismo, aportando pormenores y observaciones muy personales y hasta subjetivas: la proclamación del Imperio en 1135, la boda de García de Navarra con Urraca, las incursiones andaluzas del Emperador y muchos datos accesorios, como la sumisión de Pedro Alfonso, que revelan proximidad inmediata a los personajes. Lo mismo puede suponerse, por su lujo de detalles, en cuanto a la concentración para la batalla de Almería.

La *Crónica Adefonsi* es una obra netamente histórica, con pocos errores y no importantes. Es fuente esencial para el estudio de Alfonso VII por la veracidad y extensión de sus noticias, pero de un modo particular es el mejor documento de la batalla de Fraga, pese al partidismo del cronista, hostil al Batallador, tiene también especial valor para conocer la vida fronteriza a principios del siglo XII y para la batalla de Almería hasta donde la alcanza. El entusiasmo desbordado con que canta a Alfonso VII lleva al cronista a valorar mal algunos datos, deduciendo conclusiones falsas de premisas ciertas, pero ese defecto era tan común en la época y está tan manifiesto, que no perjudica demasiado a la historicidad de la crónica.

La obra está dividida en tres partes. Las dos primeras son propiamente crónica de Alfonso VII y la tercera, sin perder ese carácter, se conoce con el nombre de *Poema de Almería*, por su forma poética y contenido concreto.

El libro primero, no tiene gran interés militar, es como una introducción o prólogo al segundo, que constituye el verdadero tema. Su división tiene un fundamento real, ya que aquél abarca la época en que Alfonso se dedicó a reorganizar el reino, consolidando la paz con buenas relaciones vecinales y éste la guerra con los musulmanes. En el primero de ellos, y concretamente en la batalla de Fraga, es donde el autor manifiesta más clara animadversión contra Alfonso el Batallador, invasor de Castilla. En el segundo se describen ocho campañas del Emperador contra los infieles, su principal actividad, y las sublevaciones de los moros andaluces contra los almorávides.

El partidismo del autor queda bien manifiesto por su enemistad hacia Aragón, su pasión leonesa, y su mal conocimiento de Castilla. Pero su sentimiento leonés está muy expreso en los títulos que da a Alfonso, que nunca es *Rex Castellae*, sino alternativamente *Rex Legionis* o *Imperator Legionensis*. Sólo se detiene en las campañas por las zonas que conoce mejor, y son las leonesas y gallegas, o bien las toledanas, pormenorizando entonces nombres de los rebeldes, posesiones de los nobles y descripción de tierras. En cambio, salta rápi-

damente sobre luchas alejadas de los reinos de León o Toledo. El manifiesto desconocimiento de Castilla afecta, tanto a su historia como a su geografía y al tipo racial de sus hombres, a quienes juzga ricos; cita a sus caudillos de modo impreciso y su relato de las rebeliones de los Lara, es muestra harto visible.

El autor manifiesta ser hombre docto en escriturística, tanto en literatura, como se advierte en su conocimiento de Sulpicio Severo, cosa rara entonces en el bajo clero, y sus frecuentes recursos a figuras bíblicas, hasta hacerse común el plagio de algún párrafo para descripciones grandilocuentes o metafóricas. A esto se le añade la concepción trinitaria de la crónica, de tal modo, que por una asimilación a Alfonso VII de los atributos divinos —como enviado de Dios—, cada parte de la crónica representa el *poder*, el *querer* y el *saber*, que corresponden a cada una de las personas de la Trinidad y que caracterizan a la vez la personalidad y la actividad del Emperador. Por eso, la última parte está en verso —hexámetros latinos—, como sublimación adecuada para contemplarle en una especie de apoteosis.

Todas estas razones hicieron que la crónica se atribuyese a algún destacado obispo de la época, señalándose primero, como posible, al arzobispo toledano Jiménez de Rada, y luego al obispo Arnoldo, de Astorga, único que en ella se menciona y que estuvo realmente en la batalla de Almería. Tan sólo Angel Ferrari, en 1963, documentó ampliamente su tesis de que el anónimo autor es Pedro de Poitiers, huésped de Alfonso VII, que escribiría en Toledo entre los años de 1142 y 1151. Y lo demuestra por advertir que este cluniacense, el más preocupado en adaptar la forma al tema, era el mejor y más perfecto escritor en ese tipo de metaforismo trinitario, muy artificioso, hasta adecuar una especial aritmología en la que predominaba el sistema septuplicista, produciendo una innovación de estilo por septenarios heptalésicos y dando a la obra una duplicidad que permite leerla *para los sentidos y para el espíritu*. Su fin queda claro a juicio del exégeta: Mostrar a Alfonso VII como héroe de Dios, único y universal, de cristianos y musulmanes, a cuyo fin incluye unas apostillas coránicas (4).

La crónica inicia con la *Najerense* una nueva orientación, la de dar entrada, junto al Emperador, a personajes variados secundarios,

(4) FERRARI, Angel: *El cluniacense Pedro de Poitiers y la Crónica Adefonsi Imperatoris y Poema de Almería*. «Boletín de la Academia de la Historia», números de julio y diciembre de 1963.

dedicándoles relativa extensión, con amplitud de visión histórica, pero sobre todo, por incluir en su cuerpo realtos poéticos, de inspiración popular en la *Najerense* y bíblica en ésta, recogiendo una y otra, pese a ser latina, los sucesos que más impresionaban a las gentes sencillas, para dramatizarlos en algún pasaje, con gran sentido artístico de la historia, que cobraba con ello un atractivo antes desusado.

Una crónica latina como la *Roderici Campidocti*, y casi coetánea a ella, presenta la originalidad de que su tercera parte esté compuesta en hexámetros, como el *Carmen Campidoctoris*, un tanto semejante, aunque anterior en un siglo, y del que aquí no hablo por no excederme más en la glosa de textos cidianos, y porque no es cantar de gesta.

Aunque la *Crónica Adefonsi*, por ser latina es erudita, encaja muy bien en nuestro estudio, ya que cierra doblemente una época —y abre otra— al reunir prosa y poesía con unidad indivisible. Pero también su momento ideológico es inicial de sorpresas literarias e históricas. Es el primer texto en que se presenta a las moros como demoníacos, sin metáfora apenas. En el poema de Fernán González los veíamos «más negros que Satán con todo su convento», pero aquí se inicia seriamente lo que Jesús Fueyo llama la *diabolización del enemigo*, mirando a guerras de hoy. La crónica, en el otro extremo, inicia también el *triumfalismo hispanocatólico*, al mismo tiempo que *sacraliza la lucha*, si usamos la misma terminología modernista, hasta el punto de que el guerrero cristiano fiel, el que se ajusta al espíritu, a la ley y a la ética, es, no sólo *teólogo armado*, como quiso Menéndez Pelayo, sino que se le propone como paradigma de santidad. Lo vimos en epitafios y biografías devotas de Fernán González y el Cid, donde se les llama venerables y santos caballeros, y lo vemos aquí en más de un ejemplo (5).

Entre la Biblia y la Mitología.

La *Crónica Adefonsi* está fluyendo constantes alusiones bíblicas. Son giros y expresiones que delatan continuamente su inspiración

(5) Figuran párrafos completos de la *Crónica Adefonsi* enmascarando varias de las catorce páginas en que se publica un texto incompleto del discurso de Ne-grín el 18-6-1938, en edición clandestina bajo el título *La Crónica de España*. Ed. «Una España Grande y Libre» (S. I. S. I. S. a.). Ofrece el dato PALACIO ATARD, Vicente: *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España*. Tomo I, ficha 350 F. Ed. Seminario de Historia Contemporánea de la Universidad de Madrid, 1966.

en textos de la Biblia. Esta particularidad la señala y examina con detenimiento Sánchez Belda, diciendo que hay una premeditada intención de describir, con términos bíblicos, las acciones que tienen semejanza con otras del pueblo escogido, definiendo que las influencias llegan al plagio, aunque éste pueda ser sano y disculpable. De fuerte sabor bíblico son los giros *varón fuerte*, *fuertes manos* y otros muy numerosos. Para describir la sepultura de doña Urraca se repite la del rey de Judá, muerto por Jehú, coincidiendo el párrafo 1 con el libro cuarto de los Reyes (9-28), y para la del conde Rodrigo Martínez se utiliza la del libro primero de los Macabeos (9 y 19-21). Del mismo modo la narración del regreso de las campañas y disolución de la hueste, se hace con palabras del Antiguo Testamento.

La venganza por la muerte de Tello Fernández se relata como la muerte del hijo de Saúl. También es bíblico el léxico con que se describe el movimiento de tropas y la muerte de magnates en la guerra, de los que se hace relación muy semejante a la de los reyes vencidos por los israelitas. Las luchas de David y Saúl sirven de texto para un resumen de las de castellanos con aragoneses.

Son palabras de Moisés las que utiliza el rey para su orden a los vecinos de Morón. Los discursos de Alfonso son plagios de la Biblia, como muchas frases y discursos de personajes, recogidos con aparente minuciosidad. El latín en que la obra está escrita, es más culto que el de cualquier crónica coetánea, como corresponde a su bíblico carácter, pero tiene para nosotros el inapreciable valor de acoger palabras y expresiones vulgares, muy útiles para estudiar aspectos medievales.

Esto que Sánchez Belda apreciaba en la prosa de la crónica, vale igual para el *Poema de Almería*. Todo su estilo es bíblico-latino-mitológico, propio del lenguaje clásico que se utiliza y de la métrica culta elegida. Ya hemos visto la distinción entre unos y otros árabes, valiéndose de llamarles en cada caso agarenos, ismaelitas, moabitas, asirios... Adoran a Baal y a los meses, anuncian las espadas que han de venir (15). «Pero inferiores en protección divina, Baal no les protege». Hay que recordar que Baal fue un tiempo el nombre del verdadero Dios, para designar luego al dios cananeo que algún tiempo adoptaron también los israelitas.

Hay también un sentido bíblico del castigo llevado a cabo por el ángel exterminador: «La cruel ira celeste descargó sobre éstos», y hay espadas flamígeras en el campo. Es más, el mismo autor ha dicho: «Elegí la batalla de Almería porque entonces fue vencido el pueblo

de los varones paganos». Casi al final se repite la afirmación de fe frente al fracaso de los dioses falsos: «Y claman a Baal y Baal permanece sordo a estos clamores, niega su auxilio porque no puede darles ninguno».

En cambio, frente a ellos, otros términos son cantos de oración, salmos de esperanza más o menos literales del Testamento: «La diestra del que trabaja espera los piadosos dones del Tonante y pide el premio del guerrero en cada momento» (15). En lo personal sigue la misma línea. Quizá sea Pedro Alfonso el ejemplo más claro. Sólo a un monje puede ocurrírsele ponderar así su belleza masculina: «bello como Absalón, vigoroso como Sansón y con la sabiduría de Salomón, en buenas enseñanzas, fue nombrado cónsul (conde) al regreso de la campaña» (115). A veces, deriva hacia lo mitológico, por fuerza del clasicismo latino, que le hace alternar ésto con lo bíblico. Así nos presenta al conde Poncio, que manda la mesnada de los extremeños: «tenía la fuerza de Sansón, la espada de Gedeón, igual a Jonatás, preclaro como nave de Jesús». Tras lo bíblico, lo mitológico: «Era jefe del pueblo como el fortísimo Héctor, generoso y veraz como el invencible Ajax. Cuando da consejo tiene la sabiduría de Salomón». For todas partes asoma la pobreza imaginativa del autor, que aplica a los personajes la plantilla de sus modelos, siempre los mismos.

El pensamiento militar.

El análisis hermenéutico y eurístico de Angel Ferrari encuentra que *Crónica* y *Poema* son una típica muestra cluniacense, y en ella se manifiesta muy expreso el pensamiento de Pedro de Poitiers con sus ideas sobre los musulmanes y la actitud combativa o persuasiva hacia ellos, así como los motivos antagónicos del robustecimiento de la autoridad regia, por influjo del romanismo renaciente, junto a la interpretación de las sublevaciones como ejercicio de un derecho de resistencia de origen germánico.

Así se apunta que al pensamiento del autor le preocupan algunos problemas militares. En cuanto a lo más concreto, distingue dentro de las rebeldías varias figuras de delito militar muy definidas y caracterizadas: la traición, los alzamientos de lesa majestad, la resistencia, las confabulaciones, sediciones o banderías, el pillaje, saqueo, devastación y las reincidencias en cualquier caso. La escasa formación penalista del poeta hace que la definición de tales figuras no se

corresponda con una calificación correcta de los delitos y sus circunstancias modificativas de responsabilidad, ni con las penas e inultos, poco uniformes entonces por ser de atribución real.

Pero este aspecto de las sublevaciones lleva al autor a entrar en un tema de ética hoy latente y entonces muy sencillo por la conexión católica entre patria y religión —en pleno auge la teoría de *in. dos espadas*— que hacía de ambas un solo ente moral. La rebelión, traición y sedición, eran en conjunto formas de *infidelitas*, y para el poeta la *infidelitas* de los súbditos en un ateísmo. En cuanto a los monarcas, la injusticia, el desprecio de la ley, la ambición desmedida, el abuso del poder y el goce de él por sí mismo, no son sino expresiones de tiranía, es decir, otro ateísmo, del que se dan numerosos ejemplos entre los gobernantes despóticos y crueles, y entre los rebeldes y sediciosos. Subraya que la gravedad de las sediciones aumenta en hechos posteriores que suelen derivar en desprecio de la religión, fuente de excomuniones.

El autor de la Crónica, que es monje y poeta, con simplismo propio de ambas condiciones, distingue entre buenos y malos. Nos lo explica en sus frecuentes referencias a Inglaterra y Normandía, donde hubo gobernantes malos, muy semejantes a Roboán, «hijos del diablo con sus secuaces», y gobernantes buenos, parecidos a David, que, como éste, jamás provocaron luchas, o las moderan de tal modo que si son entre cristianos, no hay vencedores ni vencidos y saben poner fin a las guerras y a sus consecuencias, siempre peores que ellas mismas. Aquí el buen fraile se dejaba llevar más del deseo y la imaginación que del conocimiento y de la historia.

Ha llamado *hijos del diablo* a los malos gobernantes. Sin duda tiene presente a San Bernardo, cuando condena las perturbaciones de la Iglesia, originadas por los excesos de los legos y, sobre todo, de los caballeros, muchos de los cuales con sus soberbias y vanidosas escoltas, constituyen la *militia diaboli* de este mundo. No nos extrañemos luego del acento satánico que pone en algunas sectas musulmanas.

El otro aspecto religioso-militar está en la esencia misma de la guerra. Para el poeta, Alfonso encarna la voluntad divina, aludiendo a la sacralización de la monarquía. Aparte de ello, su carácter de cruzado contra los musulmanes es la idea madre de la Crónica. Alfonso es un *héroe de Dios* y su conducta en la guerra es la propugnada por los cluniacenses desde la muerte de su abad Pedro el Venerable. La campaña de Almería, donde culmina la obra del Empera-

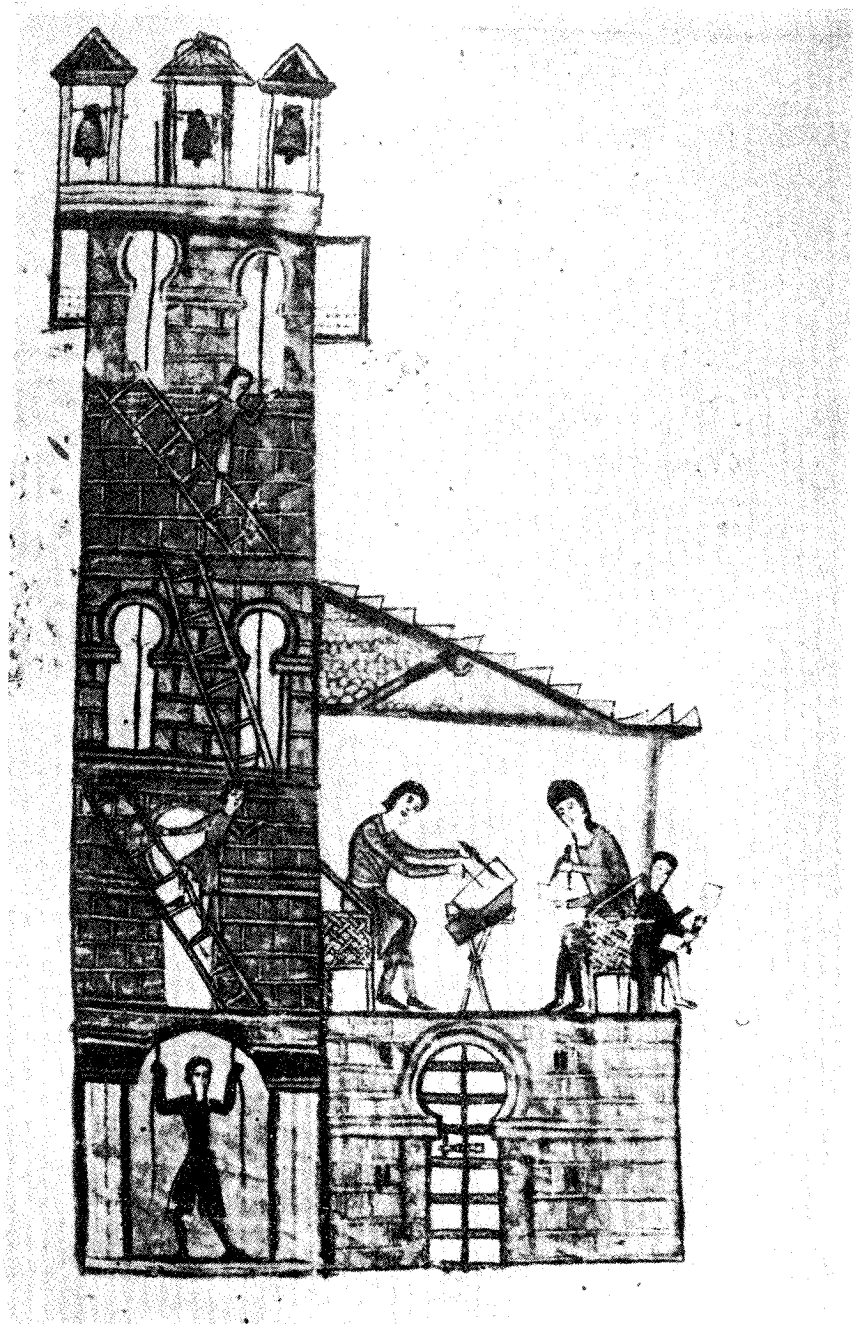
dor, es la *guerra de la ira celeste* (v. 23), y se justifica como *guerra santa*, porque con ella «se vengán las ofensas de los cananeos al Dios de Israel». El móvil de Alfonso VII coincide con ello, pues trata de conseguir el orden y la justicia por medio de la guerra y no por una conversión casual.

Lo corrobora la primera instrucción que el Emperador dicta a los alcaldes toledanos: «Todo para vindicar a Dios y a su cristiana ley». El único móvil de la guerra, geográfico y general, es la justicia vengadora, para eliminar peligros, extinguir piratas y ayudar a los aliados, siempre contra almorávides, agarenos y sarracenos, bajo el común denominador de su religión islámica. Junto a ello hay otra notable distinción: Alfonso, antes de Almería, había conducido la guerra según la recomendación de la cruzada, pero contra los moros en Almería fue el vengador divino. El poeta lo exalta en un giro de ideas que hace cananeos a los piratas almerienses, aunque sean más dignos de combatirse como tales piratas. Se centra el juicio al concretar que en Almería no se trata de simples «musulmanes incrédulos», sino de «malhechores infieles». El monje-cronista identifica el «nido de piratas» que es para él la ciudad mediterránea, con un refugio de cananitas. Y nos dice que a los moros almerienses les perdió el ser unos monstruos de avaricia.

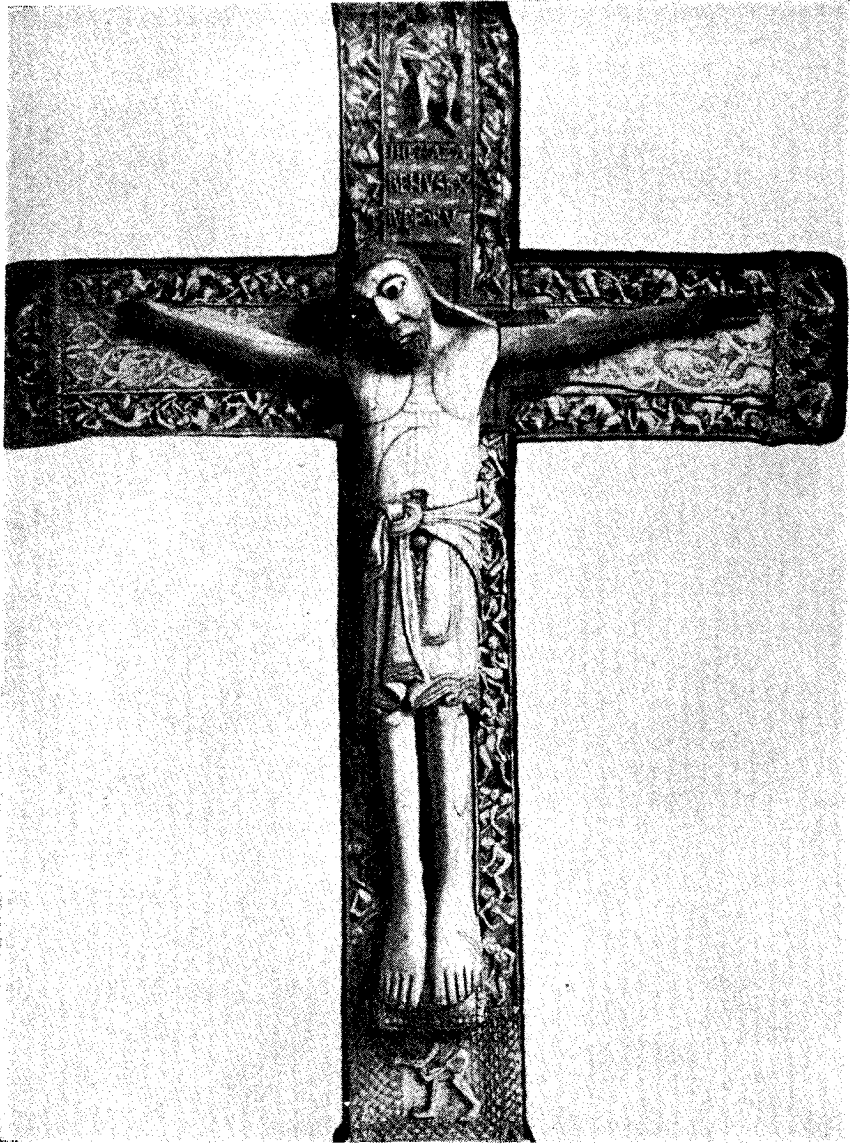
Providencialismo en la victoria y en la derrota.

El *Poema de Almería* tiene acendrado el sentido providencialista hasta límites muy superiores a los examinados en los cantares de gesta castellanos. Es un cénit de exaltación, porque es también una cumbre —la máxima y acaso única— de la guerra santa cristiana, interpretada casi con liturgia religioso-militar por un monje poeta. Es también el tiempo áureo de la sacralización imperial. Por eso las victorias cristianas se interpretan como fruto directo de la *bondad divina*, y las derrotas como *castigo del cielo* por los pecados de los hombres, cosa que constituye como una obsesión en el cronista: «peccatibus exigentibus».

La intransigencia religiosa del autor se ensaña contra Alfonso el Batallador, a quien no perdona que saqueando iglesias tome como botín las riquezas del culto, y denuncia que en el campamento real de Fraga estaban aún las reliquias robadas por el Batallador en Sahagún. En la batalla de Fraga tuvo el propósito de pasar a cuchillo



El *Poema de Almería* hubo de componerse en un escritorio semejante a este de la torre del monasterio de Tabara, según la miniatura de un beato de Las Huelgas, de Burgos (1221), hoy en la colección Pierpont Morgan, de Nueva York.



El motivo religioso preside siempre la bélica medieval. Este «*cristo reinante*», del tema siríaco bizantino, de Fernando I (1035-1065), inicia una serie de incomparables cristos hispanos.

a los nobles musulmanes cautivos, incluso a las mujeres. Por eso, pese a su manifiesta piedad, consintió Dios que el rey aragonés y sus hombres fuesen derrotados poco después por agarenos y almorávides unidos, y su muerte se tuvo como justo castigo de Dios a sus crueldades, ejemplo providencial también para otros cronistas.

Nos recuerda el poeta la máxima de San Bernardo: «La crueldad impide el entendimiento necesario para la unión cristiana de los cruzados». Desde cualquier punto de vista debían evitar los cristianos hacer una guerra cruel. Observa que la piedad humilde infunde no sólo la fé, sino también el valor, y consigue la ayuda divina por conducto de los arcángeles. San Miguel fue el intermediario de los toledanos cuando Alvar Fáñez defendió la ciudad por encargo de Alfonso VII, y Dios mismo extermina a los enemigos con el hierro y la muerte repentina, siendo la causa justa, como en Guadalajara. La voluntad de Dios era precisa y se probó claramente en las derrotas que los musulmanes infligieron a los cristianos, confiados muchas veces en sí mismos y no en Dios, como los salmanticenses, cuya suerte cambió cuando hicieron penitencia y apiadándose Dios de sus pecados les infundió «sciencian et audaciam bellandi».

El tema de la piedad humilde en la milicia es como un motivo de meditación en *ritornello*, para el poeta de Almería, quien ahora explica que por ella consiguió Munio Alfonso su victoria en Montiel. Pero luego no tuvo misericordia al mandar exponer en la torre más alta las cabezas de los musulmanes caídos en la batalla. El monje-autor interpreta que con ello se constituía en pecador público y no podía ser ejecutor de designios divinos. En castigo fue vencido y muerto por los moros, que hicieron en su cadáver mutilaciones y escarnios semejantes a los que antes infirió a sus víctimas.

Estamos ante la más floja e infantil teología de la historia. Las acomodaticias razones del cronista-poeta son rigurosamente amañadas, interpretación de resultados conocidos, como un puro juego de prejuicios que se van adaptando según conviene a sus fines.

El rey Alfonso, vengador divino.

El *Poema de Almería* se inicia con una extraña invocación del prefacio, que por su oscuridad no se sabe bien si va dirigida al Rey Celestial o al Rey Alfonso VII, aunque puede asegurarse esto último. En ello se manifiesta ya una tendencia a la divinización del emperador,

si bien dentro de los justos límites que la ortodoxia católica permite al poeta religioso. El tono es admirable: «Rey piadoso, rey fuerte, a quien espera el último trance de la muerte, danos paz para que cantemos con elocuencia y grandeza tus admirables hechos». Es casi una oración a quien se considera elevado sobre cualquier potestad del resto de los reyes.

Tampoco hay que extrañarlo. El estilo eclesiástico del poeta, junto al clasicismo de las estrofas latinas, predisponen a la exageración. Pero, por otra parte, la obra en sí, crónica y poema, tratan de ser, por encima de cualquier intención, una apología de Alfonso VII de Castilla, para ponerlo como ejemplo de monarcas y gobernantes y su reino como modelo de países cristianos. Por encima de ello sólo quedaría el hilo de que destaque siempre como verdadero cruzado en la guerra de España con los mahometanos.

Por si las generalizaciones no bastan, el poeta recurre a las comparaciones. En su tiempo y para mostrar su verdadero carácter imperial, nada mejor que parangonarlo con el prototipo de emperador cristiano que en su tiempo se acepta, materializado en Carlomagno. Entonces la primera estrofa del texto presenta a Alfonso VII como jefe de todos los caudillos hispanos y francos, que por mar y tierra buscan la guerra de los moros. Alfonso, con título de Emperador, continúa los hechos de Carlos, «al que corresponde equipararle» y así se nos ofrece su paralelismo, sin manifestar preferencia por ninguno de los dos sino hermanándolos en todo, como siempre que se asimilan héroes hispanos y franceses, por precaución del autor: «Iguales fueron en linaje, muy semejantes en fuerza de armas, parecida fue la gloria de las guerras que emprendieron ambos...».

Luego, libre ya de los peligros de la comparación, pueden otorgarse sin regateos al Emperador las cualidades, virtudes y elogios. Alfonso poseía sin límites y como gracia trascendente y providencial, la *ciencia y audacia bélicas*, y nadie como él vengó a España de los musulmanes. Aquí el poeta enlaza una relación entre virtudes características de Alfonso, que parece forzada y poco lógica, pero todo vale cuando de elogiar a su héroe se trata, pues con esta venganza sobre los musulmanes razona que se debe a que «la misericordia acompaña a la justicia y la piedad humildes». Estas características se refieren indudablemente a Alfonso, pues se repiten en el poema y la crónica.

La apología se centra en el providencialismo absoluto de que rodea al Emperador, el cual *encarnaba la voluntad divina*, hasta el punto

de que quienes guerrearon contra él, su señor natural, fueron causa de que los moros se mantuviesen en tierra cristiana. Pero entonces, a quienes no quieren oír las órdenes de Alfonso los castiga Dios a ser vencidos por los moros, *como lo exigían sus pecados*. Ya está una vez más, pero aquí con mayor extremismo que nunca, la mezcla de lo divino y lo humano, el concepto mezclado de pecado y delito, como correspondía a la época cumbre de la guerra divinal.

La guerra es una auténtica cruzada y Alfonso la dirige según esa recomendación de cruzada religiosa, para lo cual distingue entre los enemigos su posible disposición para evolucionar hacia el cristianismo. El Emperador aparece como aniquilador implacable de los moros, pero dispuesto también a comprenderlos en cuanto haya en ellos muestras de perfección y acercamiento a los cristianos. Por lo mismo, contra los musulmanes de Almería, a quienes el poeta llama piratas, cananeos y con los peores epítetos que tiene a mano para los almohades, fue el *vengador divino* de aquella guerra santa, en que «la cruel ira celeste descargó sobre ellos» (e. 20).

Vienen al recuerdo todas aquellas consideraciones de poetas árabes y cristianos, anteriores y posteriores, donde se explica que si Dios quisiera, los hombres se convertirían por su inspiración, pero en caso contrario no van a convertirse por fuerza de las armas. No es que el Emperador, en la visión de su apologista, se oponga a esta doctrina, que solo más tarde sería formulada con plenitud, pero Alfonso no espera a que ésto se pueda producir si place a Dios, para conseguir el orden y la justicia, trastornados por los moros. Su dinamismo le mueve a reestablecerlo por la guerra y con la máxima violencia y rapidez posibles.

Los males de la guerra.

Acaso sea el *Poema de Almería* el primero en que se enumeran los males de la guerra con sentido detenimiento, con crudo realismo, incluso con un tono compasivo hacia el enemigo que los sufre, aspecto humanitario en los guerreros medievales, muy digno de destacarse, no tanto por la elevación espiritual que supone dentro de aquella bárbara rudeza con que se luchaba, como por el contraste con el feroz desprecio que el enemigo inspira en otras páginas. Andújar, sitiada por Alfonso, es *la primera en probar los vinos del dolor*. Cae

su castillo y el cielo permanece impassible al clamor de la ciudad en demanda de auxilio :

290. Por espacio de tres meses se pierden las mieses por doquier: Se pierden igualmente cuantas cosas habían sido *alumbradas* con trabajo.

Con las fuerzas agotadas, consumidas todas las vituallas y entregados los rehenes, buscan tratos de paz, no pudiendo ya vivir, ellos mismos y sus propiedades se entregan al rey.

Pero la guerra tiene alternativas y sus males los sufren unos y otros, la realidad de las calamidades, tantos años padecidas, no deja de impresionar al poeta y las canta, como un holocausto que su pueblo está ofreciendo al Dios que castiga con la guerra sus pecados. A esta cruenta penitencia se disponen los cristianos, no ofuscados con sueños de victoria, sino conscientes del dolor y el peligro, superando la adversidad con fortaleza de ánimo, en una difícil conjunción del duro realismo con la voluntad de vencer y la esperanza en Dios. Ante la embajada de los francos, pidiendo la coalición del Emperador para una nueva campaña, el hombre pacífico que hay dentro de cada guerrero, cede a su sentimiento y se lamenta en un desahogo humano muy real.

345. El más próximo, llorando, habla así al compañero amigo: «Hasta ahora, las guerras están mezcladas con guerras por todas partes».

Una vez más hay que recordar al lector que los versos no tienen tanto de texto taquigráfico con valor de encuesta moderna, como de esplayamiento espiritual del monje poeta, muy sensible, aunque también muy conocedora del alma de los demás por razón de su ministerio. Por eso hace que los supuestos conversadores, expliquen las razones de su desánimo :

350. Los nuncios son queridos por el Emperador, pero para nosotros amargos, los enemigos están por todas partes en el camino, y la larga ruta está sembrada para nosotros de diversas espinas; de comida o de bebida nada queda en las talegas, por todas partes nos persigue la belicosa espada.

Hasta ahora es todo una expresión del cansancio de la guerra, de lo que los psicólogos llaman la *fatiga del esfuerzo continuado*, que aquí sería combate continuado, fatiga que en un momento de sobrecarga física intolerable puede convertir al héroe en desertor. Es, si se mira bien, el mejor cuadro del alma de un guerrero medieval, ro-

deado de guerras por todas partes y sin más horizonte que nuevas guerras. Ahora, el monje poeta, osadamente, da un paso más en la tristeza. Los males de la guerra aparecen con pesimismo enervante, peligroso para la moral de quienes han de combatir, y hasta el móvil de la guerra religiosa se repliega ante la ambición del botín, que no compensa el peligro:

355. *Por un poco de oro* caeremos en el campo al filo de las espadas y las mujeres, ciertamente, agasajarán a otros maridos, y los hijos llorarán cuando otros posean los lechos.

360. Y las aves del cielo desgarrarán nuestras carnes.

Está el buen autor en plena fantasía antibelicista. Porque al hombre, guerrero o no, pero más al guerrero medieval, le trae con poco cuidado lo que hagan las aves con su cuerpo muerto. El buen fraile poeta, se muestra también un tanto antifeminista, como hay muchos, acaso con razón, por aquello de sus horas de paciente confesionario. Sólo bajo ese prejuicio puede presentar, y más en boca del guerrero, a los hijos llorando por su padre, mientras la viuda agasaja al primer pretendiente. Sí; hay combatientes que se expresan así, ahora mismo, en la guerra del Vietnam, pero son excepciones enfermizas, en tiempos más propicios que las guerras de la Reconquista, tiempos de libertad de la mujer y hasta de triunfo del feminismo en sus más exageradas expresiones.

Gozando en la pelea.

El sentido de guerra santa, destaca en el *Poema de Aimería* con fuerza superior a la de ninguna de las obras comentadas. Lo mismo en términos generales, que particularizando sobre el carácter de los caudillos cristianos, se exalta y se alaba la saña, la crueldad y hasta el gozo de herir y de matar. Hay verdadera satisfacción belicosa. Primero empleará el poeta las metáforas animalistas, comparando la lucha con la de las fieras y a las víctimas con reses. El resto del pueblo de los moros es *sacrificado por las espadas, como borregos* (c. 20) y «es la muerte para los toros» (180). Crece el ritmo épico con elementos bíblicos, sin olvidar las expresiones zoológicas: «Como el lobo persigue a las ovejas, como la ola del mar estrecha a los leones, así esta luz aniquila a los huidos ismaelitas... Va por delante de la fla-

mígera espada» (80). La luz y la espada ardiente no son allí más que las enseñas y armas brillantes de las tropas del Emperador, sin elemento celestial alguno.

Entonces el amor a la guerra entra en el juego poético como segundo elemento y si el conde Ramiro de León «aventaja a sus iguales cortando cabezas de reyes» (95), por medio de él busca León fieras y crueles guerras (70), porque el conde no teme apurar las copas de la muerte, sino que la desprecia (ee. 70 a 105). Pero también el extremeño conde Poncio, olvidado de la mujer o del amor cuando lucha, desprecia los banquetes mientras haya combates, goza más cuando hiere con la espada; cuando blande la lanza, la mala raza se prosterna sin fuerzas. Nunca le pesa soportar el ardor de la batalla (e. 170), y antes que dejar de manejar la espada prefiere ser desterrado en tiempo de campaña (180). Y el conde Manrique de Lara, también gozaba con la guerra (310). Y los de Hita, que manda el conde Martín, despreciando la guerra son audaces, gozan más con la guerra que el amigo con el amigo (250). Así con esta expresión musulmana se ensalza el amor a la guerra más lírico que real, pues aun en un poema de la época hay que tener en cuenta que lo compone un monje y no un soldado.

Hay dos versos en contraposición ideológica. En uno, Alvar Fáñez, que llevó la muerte a muchos, «enfurece a los moros, porque *devoto, los odia*» (e. 230). Sería interesante que el poeta explicase en qué consiste ese odio nacido de la devoción y cómo los compagina cristianamente, aunque acaso con respuesta evasiva se calificase de *odio santo* el suyo, dejándonos más a oscuras que antes. De todos modos, no se entiende mal que la devoción que inspira tal furor sea el fuego espiritual de aquella guerra santa a juicio del autor. Lo que desentona es que los de Guillermo de Montpellier «matarán sin repugnancia a sus enemigos, luchando por el botín del oro» (340). Tal vez quiere mostrar con ello el contraste entre el móvil espiritual de españoles y el interés material de los francos y genoveses, o la doble intención de todos, que no sólo del espíritu viven. Lo cierto es que hay contraste palpable de motivaciones a ciento veinte versos de distancia.

Pero en este poema hay una atención especial a mostrar la crueldad en su más desnuda rudeza, y para cargar las tintas, se cita como en ningún otro el cebarse en mujeres y niños el daño de la guerra. Ya al iniciarse el poema se nos explica que el pueblo de los moros

se consumió en *guerras que no perdonaron a niños ni a niñas* (e. 15), para insistir a estrofa seguida que no se salvaron ni los niños que pudieron hallarse, sobre los que se descargó la cruel ira celeste (20).

Vimos antes otros aspectos femeninos e infantiles, el olvido de la mujer en la lucha, las viudas que también olvidarán al guerrero muerto que sus huérfanos lloran. Ahora destaca el ardor guerrero de los niños en relación con sus madres, que unas veces son freno y otras impulso de su combatividad. Ante la predicación bélica de los obispos, «los niños apenas podían ser retenidos por sus madres» (e. 35). El conde Fernando Joanes estuvo presente en tan larga campaña con generosa descendencia, pues la mujer que tomó parió muchos hijos, los cuales siguieron fielmente los pasos de su padre y hieren a los agarenos con la espada. Seguro está el padre que mueve tales espadas (195). Y generalizando poéticamente la popularidad de aquella guerra, se nos dice que nada hay más dulce que el nombre de Almería, palabra que se oye durante siglos: «Es el cebo de los jóvenes, florida dote de los viejos, guía de los pobres, piadosa luz de los adolescentes» (40). Así pasa el poeta de los niños y mujeres, como tema de compasión, al del entusiasmo juvenil para una guerra santa y popular. Acaso nadie como Pedro de Poitiers, de ser suyo el poema, cantó con tanto entusiasmo bélico una campaña.

La diabolización del enemigo.

Frente a moros y judíos, Alfonso el Emperador se nos presenta como vengador de Dios y de las leyes cristianas, con actitud diversa según se trate de *agarenos* o *ismaelitas*, como indistintamente llama el autor a los moros españoles, de *asirios*, nombre que da a los almohades, o bien de *moabitas*, *árabes*, *almorávides*, musulmanes de Africa, marroquíes, no de Arabia, como distingue cuidadosamente. Porque cuando no interesa la diferenciación, el cronista-poeta emplea el término de *moros* o *sarracenos*, que por su sentido religioso abarca a todos los *musulmanes*. Tales diferencias tenían su origen en la distinción que comenzó a figurar en los escritos de las Cruzadas.

La crónica nos hace ver que el Emperador nunca luchó en Toledo con *agarenos* solos, sino unidos con *almorávides*, los cuales al caer prisioneros reciben muerte, por considerárseles infieles a los dos y promo-

tores de rebeliones, mientras que los primeros, al ser capturados, sólo sufrían cautiverio. Porque los almorávides eran crueles y se denuncian sus campañas marítimas para apresar mujeres y niños en tiempo de Alimenón y llevaban a Africa a los guerreros cautivos para encuadrarlos en sus propias tropas. Si todos los sarracenos eran impíos, mucho más los almorávides, que habían infundido a los *agarenos* la crueldad en la guerra, consiguiéndolo de modo que ya eran iguales unos y otros.

El *Poema de Almería*, tal vez por su carácter poético, acentúa mucho la odiosidad de los moros, marcando ya la etapa inicial en que la fantasía desborda al realismo. Por primera vez se lee aquí *tierra de moros y de peste de moros*; el verso 319 repite la expresión del 8: «la pésima peste de los moros». Eran también *la mala raza*. «Conocedores de que habían de perecer, se posternan sin fuerzas». Eran el *pueblo bárbaro*, «bárbara gens». Y la desfiguración fantástica de sus costumbres progresa, cuando aún dominan media España. Porque resulta que adoran los meses, anuncian las espadas venideras, adoran a Baal y Baal no los libera. Por eso son inferiores en protección divina, Baal no les protege. Y luego una interpretación de la guerra como juicio de Dios al decir: «Su vida fue criminosa, puesto que fue vencido el pueblo de los varones paganos». Entonces se alza la voz grandiosa de resonancias bíblicas: «De las guerras del Emperador quedó como testigo la mala peste de los moros, a quienes no protegió la movilidad del mar, ni su propia tierra, ni pueden ocultarse a la vista, ni colgarse de las estrellas» (c. 5). Es la ruina decisiva de los almorávides, *mala muerte de los moros* (v. 45).

No hay sentido de perspectiva: lo que Dios castiga son *sus pasados delitos*, y es para preguntarse si antes no les castigó y les ayudó acaso Baal. Y un absurdo teológico en su expresión actual: «No conocieron a Dios, con razón perecieron». No quedó impune todo el mal que habían hecho anteriormente.

Nos falsea también la combatividad del enemigo, porque se ha iniciado una etapa decadente para ellos. Se asegura que el pueblo musulmán se prosterna al aparecer frente a ellos los símbolos de León y aterrizado no puede resistir en un campo reducido, y que al alzar la voz Martín Fernández huyen los moros aterrados. Luego, el sentido triunfal toma acentos crueles al decir: «Superiores en número, inferiores en protección divina, se consumieron en guerras, no perdonando a niños ni a niñas» (c. 15), y «El resto del pue-

blo fue sacrificado a manera de borrego. Ni se salvaron los niños que pudieron ser encontrados, la cruel ira celeste descargó sobre ellos», dando al castigo ese sentido bíblico que campea con metáfora y plagio constante en cada página del poema.

Sólo un destello amable brota por excepción en la estrofa 206, al presentar la llegada al campo del conde Armengol: «Como una estrella relumbra entre las mesnadas hermanas y es amado por *sarracenos* y *cristianos*». La crónica es más suave en sus dos partes anteriores y ofrece muchas más facetas de concordia, piedad, y relación amistosa cristiano-musulmana, tal vez porque la prosa se obliga más al verismo que los hexámetros latinos.

No falta una alusión a los judíos, diabolizados también en el texto de la Crónica, con una referencia muy curiosa. La referencia se encuentra cuando se nos precisa el lugar donde muere el obispo de Burgos estando en el asedio de Córdoba, porque se encontraba en la iglesia de San Juan Bautista, «donde antes se alzaba *la sinagoga de Sata-nás*» (201). Es la única manifestación antisemita de la Crónica, pero como éstas no abundaban en las epopeyas de la época, siendo el *Mío Cid* una excepción, tiene la de Almería un carácter revelador.

Estruendo triunfalista.

Las metáforas bélicas del fragor del combate rebasan todo lo visto en los cantares y aun lo previsible en el campo de la lírica, a veces con inspiración muy pobre, como en este caso de entrar en acción los jinetes leoneses, a quienes por ley —según dice— le corresponden los primeros combates. *las primeras heridas*, dicho en romance, el combate de vanguardia, en términos actuales, porque son la fuerza de choque, la legión, en la mente del poeta :

65. La florida caballería de la ciudad de León, portando enseñas, irrumpe a la manera de un león.

Habíamos visto temblar montes y valles al galopar de los jinetes de Fernán González y los Infantes de Lara, según un cliché de las gestas francesas. Ahora el estruendo rebasa el teatro de la guerra para extenderse por el mundo entero y es todo un pueblo el que se mi-

litariza calándose el yelmo, como una prefiguración de la nación en armas, que será en nuestro siglo expresión popular:

40. El clarín salvador resuena por los espacios del mundo.
 55. El tañido del hierro, unido al relinchar de los caballos, atruenan los montes y secan las fuentes por doquier.
 160. El pueblo está en armas, pues todo él permanece con el yelmo.

Imposible saber la relación que tenga el ruido con el secarse las fuentes, la metáfora se nos antoja absurda, pero hay quizá un motivo naturalista, que da paso al aspecto bucólico que el poeta ha querido introducir entre la carga de los escuadrones y aún en el apacible pasar de los caballos, causando un perjuicio a la verdura del campo:

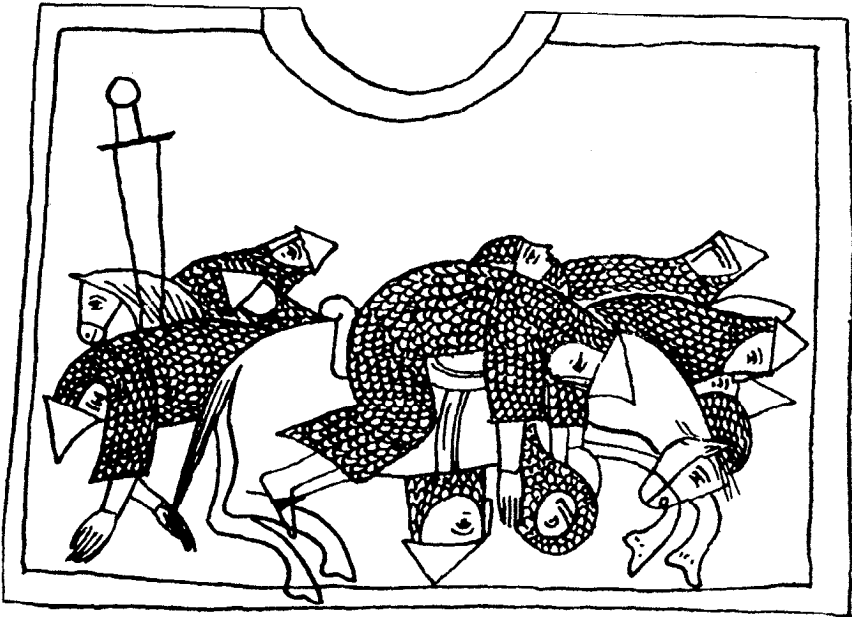
85. Y el recio valor ocupa toda la tierra.
 Se pacen las hierbas y las pajas se trillan sin fin.
 55. La hierba, al ser pastada, pierde su florido verdor y el brillo de la luna se desvanece por la espesura el polvo.
 240. El rey divisó una nube de polvo que envolvía toda la tierra.
 50. Como las estrellas en el cielo, así brillan mil saetas, mil escudos refulgen. Están las armas muy afiladas.
 60. El resplandor celeste queda empalidecido con el fulgor del hierro.

Ya se ha rebasado el colosalismo de las gestas hispanas, porque el polvo y el valor ocupan toda la tierra. Nos recuerda el Poema las exageraciones de la *Chansson de Roland*, aunque aquí la fantasía se contiene, emparedada entre frases de realismo ibérico, propias del *Mío Cid*. El contraste da un tono peculiar a la creación poética, una armonía particularmente atractiva al decir que están las armas muy afiladas tras destacar el brillo de mil saetas y escudos, ponderativa expresión que no es exagerada aunque lo parezca, pues ciertamente no son muchos mil caballeros.

En la fantasía bélica del poema han jugado los términos del cielo y de la tierra, con técnica un tanto castelarina. El juego de la égloga bélica, en la línea de la literatura pacifista, combina las escenas sangrientas con observaciones en que las fuentes se secan, la paja se trilla, la yerba pierde su verdor florido, el polvo cubre toda la tierra y oculta el brillo de la luna. Ahora, en la zona cosmótrica del bélico relato, es el fulgor de las armas quien eclipsa al celeste brillando más que las estrellas. Completan el cuadro los efectos sonoros del clarín, el tañido de armas y el relincho de caballos, omitiendo el ruido de su galope para demostrarnos que la inspiración no se basa en las gestas, sino en patrones más cultos, mitológicos y bíblicos.



«La diestra del Señor obra maravillas». Aquí atraviesa el firmamento para guiar a sus fieles, atentos a la voz divina. Miniatura de un códice de 1109 en el British Museum de Londres.



La dureza de la guerra medieval está expresada en esta escena: «después de la batalla» que ilustra un códice del siglo X.



También aquí la mano de Dios guía a los guerreros cristianos, con rostros intencionalmente angélicos. Miniatura de un códice del siglo XII en la Academia de la Historia.

Aún quedarán los sonidos humanos, y será el idioma castellano o la voz de Martín Fernández, el señor de Hita :

185. Su lengua resuena como trompa con tambor.
 245. Cuando se levanta su voz, huyen los moros aterrados.

La letanía de los héroes.

Luego serán los laudes personales, pregonando las dotes extraordinarias de los caudillos. Será Fernando Juanes, duque de Limia, a quien se señala como distinguido en arte militar, nunca vencido en la guerra (e. 185), tras cuya presentación sobria pasa el poeta a describir :

160. Adonde volvía el rostro o al lugar en que venía, a todos aterraba ; al mismo tiempo caía sobre todos con su espada ; en lucha cuerpo a cuerpo, nadie resiste en la silla el bote de su lanza.
 190. Con frecuencia venció a los inustímanes en feroces guerras y, *siendo éstos muchos*, no dudó en atacarlos con unos pocos.
 195. pues todos cuantos conocen quien es, huyen de Fernando.

La norma es casi general para todos los caudillos, aunque el poeta tiene sus preferencias. Quizá la mayor, después del héroe del Fœma, que es Alfonso VII, esté hacia Alvar Fáñez. Es todo un canto especial el que dedica al señor de Guadalajara, una loa, completa y redonda, más o menos traducible así : «He aquí que viene Alvaro, el hijo del poderoso Rodrigo, quien llevó a la muerte a muchos. Alvaro es conocido por todos, y no menos por sus enemigos. Fue *alcázar de probidad* para los limpios, urbe de bondad». Se ha iniciado ya la letanía de Alvaro de un tono directamente religioso, con atributos de premio y castigo, que sugieren facultades divinas. Fue alcázar y urbe de bondad, y por el camino de la fácil metáfora, «sometió a los pueblos musulmanes, cuyas ciudades y castillos no pudieron resistirle». Ahora sabemos por qué le llamó aquéllo, mas si quedase duda, lo confirma la repetición de la figura de un verso final : «Quebrantaba a los *fuertes*, así apretaba aquel esforzado». No cabe duda de que el poeta es aficionado al juego de palabras, sin grandes complicaciones (ee. 200-210).

Aprovecha las alabanzas dedicadas a Alvar Fáñez para aplicarlas a Roldán ; quizá en ésto se descubre su francofilia o su afrancesa-

miento, porque une a ambos al llegar a un momento de su poema: «Si Alvaro hubiera vivido en tiempo de Roldán, sería el tercero, después de Ontiveros. La raza de los agarenos habría estado bajo el yugo de los francos y los compañeros amados no yacerían vencidos por la muerte». Luego, para el epitafio final, vuelve a contemplar solo a Alvar Fáñez:

215. Bajo el cielo sereno no existió mejor lanza.
 225. ¡Oh Alvaro!: ¡Los jóvenes te lloran y adornan con sus lágrimas, los que bien educaste y a quienes, benigno, diste armas.
 230. Favoreciste a los pobres, en el combate fortaleciste a los grandes.

Casi como un pretexto para valorar la grandeza de Alvar Fáñez, entra el Cid, de su mano, en el poema. La cita es valiosa, pues demuestra ser conocido entonces el cantar del Cid y añade esta comparación entre ambos personajes. Sería interesante averiguar qué lugar ocupa el Campeador en la escala heroica del poeta, ya que Fáñez es segundo ante el Cid y tercero ante Roldán. En la entrada del Cid resalta su modestia tanto como la gloria de Alvar Fáñez:

220. El mismo Rodrigo, conocido por *Mío Cid*, ensalzaba a Alvaro y se hacía a sí mismo menor en gloria.

Tras ello, el poeta nos da las pinceladas de una semblanza breve de Rodrigo Díaz, apreciable porque su ponderación es comparativa por opinión o enfrentamiento con gentes muy variadas: «De Mío Cid se canta que nunca fue vencido por los enemigos, es el que dominó a los moros y también a nuestros condes catalanes. Valencia lloró la muerte del amigo Rodrigo, y no pudo el siervo de Cristo retenerla por más tiempo». Así queda el Cid en relación con moros, catalanes, valencianos, en seis versos escasos de las estrofas 220 y 225. La atención del poeta a los hechos del héroe está perfectamente sintetizada.

El cenit del obispo guerrero.

El poeta de Almería presenta aquella lucha como guerra santa, porque con ella se vengán las ofensas perpetradas por los cananeos al Rey de Israel. Una justificación demasiado oportunista, que podría resultar hasta graciosa si no fuese sangrienta. Pero el ambiente es del más acentuado belicismo religioso, porque allí están

los obispos, no sólo dedicados a un ministerio, como luego el de Las Navas, sino armados, como don Jerónimo en las campañas del Cid. En un recuento superficial, encontramos en la batalla de Fraga tres obispos llamados Arnaldo: el de Huesca, el de Astorga y don Arnaldo Dot, de Jaca; además el de San Vicente de Rodas, don Pedro Guillén, el de Lescar, don Guido, que caerá prisionero, y los obispos Durando, de San Victorián; Gastón, de Bearne, y Centol, de Bigorra.

Una vez más, los obispos predicán la guerra santa con promesas ciertas de salvación para los cristianos que participen en ella. La guerra divina llega a su cenit. Pero además, la visión del obispo armado no es sólo metafórica; las dos Iglesias de la España de entonces —leonesa y toledana—, manifiestan unánimes su poder con las dos espadas de que luego hablará el Rey Sabio, elevando la retórica a principio: «Todos los obispos de León y Toledo, habiendo desenvainado *la espada divina y la corporal*, ruegan a los mayores e incitan a los jóvenes para que vengan fuertes y seguros a las batallas».

Después se mezcla lo divino y lo humano, aún en las absoluciones y promesas episcopales: «Perdonan los pecados, elevan sus voces a los cielos, prometen a todos la merced de las dos vidas, *ofrecen premios de plata* y, con la victoria, prometen una vez más *cuanto oro tienen los musulmanes*». Este texto no es sino traducción literal de la estrofa 25 del *Poema de Almería*, que termina mostrándonos la eficacia de la arenga: «Tal fue el clamor de los obispos y su piadoso ardor, ya prometiendo, ya alzando la voz materialmente, que los niños apenas podían ser retenidos por sus madres».

La misión de sostener la moral de las tropas, que los obispos hacen suya, se hace crítica al final del Poema (e. 360 y 55), cuando los cristianos, vencedores en las batallas previas a la de Almería —que el inacabado poema no alcanza—, reciben los pavorosos augurios de los francos, que ponen pavor en las huestes. Entonces toman la palabra los obispos guerreros y les animan con su arengasermón, destacando sobre todo el de Oviedo: «Entre los obispos que estaban presentes, el asturicense —cuya inaudita espada relumbra— viendo ésto, conforta de palabra a las mesnadas, más que sus iguales, arenga a la tropa, ya totalmente desfallecida. Con la mano derecha y con auxilio de la voz, consigue un gran silencio

y dice: «Cante en lo alto la gloria de los cielos, la paz sea en la tierra al pueblo que sirve al Señor. Ahora es necesario que cada uno se confiese bien y cumplidamente, y sepa que están abiertas las dulces puertas del Paraíso».

Nunca más volverán a aparecer los obispos en campaña con tal belicosidad, entusiasmando hasta a los niños para la guerra santa, desenvainando refulgurantes espadas, metiéndose con ellas en pelea, animando juntamente a confesar, a confiar que Dios dará a los héroes la gloria, su rey la plata, y el enemigo su botín con las más ricas alhajas engastadas en oro.

* * *

El *Poema de Almería*, un paso más que el del Cid en inflación religiosa, en triunfalismo cristiano, tiene aún gran número de sus estímulos, como éste de la ganancia, ahora en boca de los obispos, más bien en la pluma del cluniacense y belicoso poeta, que así los imagina aunque no fueran.